

# Ángel Rama, algo más que un centenario (1926-1983)

Hijo de inmigrantes gallegos, Ángel Antonio Rama Facal nació en Montevideo el 30 de abril de 1926. Desde muy joven participó en la vida cultural como actor aficionado, escribiendo ficciones y obras de teatro, que fue dejando a un lado en privilegio del ensayo y la crítica. Junto a la poeta Ida Vitale, quien sería su primera esposa y madre de sus dos hijos (Amparo y Claudio), asistió a cursos de Letras de la novísima Facultad de Humanidades y Ciencias. Con ella y otros jóvenes estudiantes fundó la revista *Clinamen* (1947-1948), en la que aparecieron sus primeros trabajos de cierto aliento (un cuento, un estudio sobre el *Martín Fierro*) y hasta una prematura crítica al plan de estudios de la Licenciatura. Entre tantas otras actividades, en aquellos años ya se entregó a la pasión editorial en el sello *Fábula* (1951-1953), que llevó adelante con Carlos Maggi.

El punto de quiebre se produjo en 1959, a poco de su regreso de París, donde fue becado. Ese año, pasó a ocupar la dirección “Literarias”, del semanario *Marcha*, tarea que mantuvo hasta 1968. Al mismo tiempo se produjo el triunfo de la revolución en Cuba, en la que Rama confió de inmediato –al menos hasta 1971, cuando comenzó a tomar distancia–, y en la que participó en la organización de concursos literarios, congresos y otros proyectos. En ese contexto que, al igual que tantos, en la primera mitad de los sesenta vio como el de una segunda independencia, Rama sustituyó su afición a las literaturas francesa y española por la escritura latinoamericana. Su frecuentación de la isla, a la que comparecían muchos escritores, le permitió familiarizarse con textos que, de otro modo, no hubiera sido conocido desde el extremo sur. A la vez, su trabajo en la Colección de Clásicos Uruguayos y en la Biblioteca Nacional, le permitió acercarse a la tradición local y americana.

Con estos elementos y esa decisión política, articuló un discurso crítico sobre la literatura que concibió ligada a la experiencia del sujeto social; entonces, pugnó por la construcción de un arte nuevo que respondiera a esas demandas, sin limitarse a las poéticas realistas sino, complementariamente, con aquellas que las desafiaban, según prueba su afición a la narrativa de Felisberto Hernández o *Armonía Somers*.

Rama fue consciente de que era necesario educar al público. Para eso, además de su trabajo en *Marcha*, donde reseñó libros, escribió notas extensas, preparó antologías, realizó encuestas sobre bibliotecas, lecturas de escritores, polemizó sin pausa con su predecesor, el gran crítico Emir Rodríguez Monegal, participó del trabajo editorial. Primero, como director de la colección “*Letras de hoy*”, de Alfa (1960-1962), donde publicó, entre otros textos, *La cara de la desgracia*, de Juan Carlos Onetti y *La casa inundada*, de Felisberto Hernández o la primera *nouvelle* –nunca reeditada– de Eduardo Galeano (*Los días siguientes*); luego, fundó la editorial Arca, con su hermano Germán y con su antes profesor José Pedro Díaz. En Arca desplegó una labor que se solapa con el movimiento desatado en 1959, y que coincide con el incremento de un público en esa verdadera “edad de oro” de la lectura en Uruguay entre las aún sólidas clases medias. Junto a un grupo de jóvenes pudo armar varias colecciones de bajo costo –en especial “*Bolsilibros*”, que llegó a publicar un título diferente a la semana–, fuera de colecciones que difundieron trabajos teóricos entonces ignorados (o casi) en

lengua española, como una antología de escritos sobre Bertolt Brecht de Walter Benjamin, traducidos por Mercedes Rein, o una serie dedicada a las nuevas letras de Hispanoamérica y el Caribe, en la que aparecieron textos de José Lezama Lima, Juan García Ponce, Marta Brunet, entre tantos más. Al mismo tiempo, preparó ediciones y antologías temáticas (Cien años de raros, La mitad del amor vista por los hombres y por las mujeres, etcétera), alguna con el seudónimo de Augusto Ferrán. Hizo, también, antologías de Roberto de las Carreras, aún insuperada, o de los cuentos de Serafín J. García, por citar apenas dos. A fines de la década del sesenta se sumó al proyecto de Editores Reunidos, con el que salió el plan que lo tuvo a su frente: la Enciclopedia Uruguaya. Historia de la civilización uruguaya (1968-1969). En esta serie de fascículos se quebró la hegemonía de las historias literarias para incluir un conjunto de discursos (políticos, históricos, sociales, culturales), en la que participaron decenas de especialistas. Enciclopedia, como otras de la época, se vendía en kioscos.

En 1966, a su labor como profesor de Literatura en Educación Media, sumó la de profesor titular de Literatura hispanoamericana en la Facultad de Humanidades, donde había tomado algunos cursos, que nunca olvidaría, como los del exiliado José Bergamín y los de Gervasio Guillot Muñoz. Se mantuvo en ese cargo, en carácter de interino, hasta 1969 y, luego como efectivo hasta 1972, cuando se vio forzado a renunciar. Llegó a ser director del Departamento. A pesar de que esos fueron sus mejores o sus más activos años, que comprendieron viajes de trabajo a múltiples sitios, desde Roma a Santiago de Chile, su entrega a la Universidad fue intensa: refundó la Revista Iberoamericana de Literatura, en la que apareció por primera vez un estudio sobre Guimarães Rosa, de Antonio Candido; dictó cursos sobre temas inexplorados en el país, como “La novela de la revolución mexicana” o el más arriesgado seminario sobre la obra de Gabriel García Márquez, cuando este acababa de publicar Cien años de soledad; enseñó, asimismo, un cursillo de carácter teórico-metodológico que acompañaba su actividad de enseñanza central. Sus clases desbordaban de estudiantes.

En 1970 se instaló en Puerto Rico, con su segunda esposa, la escritora argentina Marta Traba, como profesor-investigador en la Universidad de Río Piedras. Ese mismo año apareció su libro Rubén Darío y el modernismo, tema sobre el cual volverá con perspectivas no tan sociológicas en el prólogo a una antología aparecida siete años después, en parte de La ciudad letrada (1984) y en el libro final, y también póstumo, Las máscaras democráticas del modernismo (1986). El golpe de Estado de junio de 1973 lo encontró en Venezuela. Allí trabajó en la Universidad de Caracas, hizo crítica en el diario El Nacional y, desde 1976, fue director literario de la Biblioteca Ayacucho, un gigantesco plan de clásicos latinoamericanos en diferentes líneas de escritura, desde los escritos de Simón Bolívar a los relatos de Juan Rulfo. Mientras tanto, se las ingenió para escribir artículos, editar la revista académica Escritura y publicar el libro propio Transculturación narrativa en América Latina (1982).

En 1981 obtuvo el cargo de profesor de Literatura latinoamericana en la Universidad de Maryland, pero al año siguiente se le negó la visa bajo la acusación de haber tenido simpatías comunistas. Rama se defendió sin éxito, y en febrero de 1983 debió salir rumbo a París, donde recibió una invitación de la École de Hautes Études como profesor. El 27 de noviembre, con Marta Traba y los escritores Jorge Ibarguengoitia y Manuel Scorza subieron a un avión en Madrid, rumbo a Colombia. A poco del despegue, en Mejorana del Campo, el avión cayó. Todos murieron. Ese día se celebraba en Montevideo la gran manifestación multipartidaria contra la dictadura. Por los parlantes, una voz informó a la multitud que se había producido el accidente. Su obra ha sido, desde entonces, discutida, reeditada y antologada en diversas lenguas y en muy diferentes lugares.